

El Islam: las raíces del terrorismo

DURANTE SUS 1300 AÑOS DE HISTORIA, A PARTIR DE LA teocracia establecida por el Profeta de Alá, el Islam ha sido manipulado políticamente, y se ha presentado en tantas variedades como países lo profesan. La unidad de su mundo es tan ficticia como la de su credo; no hay por consiguiente una nación islámica, o árabe, como no hay una cristiana. Allí, la familia, el clan y los intereses tribales siempre preceden a la nación; asimismo, la lealtad a la fe islámica sería más sólida que al estado, el cual fracasaría en resolver esta dicotomía. Por eso no imperan las partidocracias al estilo Occidental; por eso nunca se creará una singular y unificada comunidad islámica (la *umma*), y una sola nación árabe, aun en el caso hipotético de que las sectas purificadoras depongan a los *cuasi* seculares gobiernos del Medio Oriente.

La sociedad islámica —como todas las contemporáneas— es profundamente racista; su dogma no es democrático; y como su otro pariente semita, el judeocristiano, sanciona un estatus inferior para la mujer, cuyo papel en la sociedad es el meollo de la obsesión árabe del honor. Esa es la razón por la cual los estados teocráticos actuales sacrifican a la mujer para aplacar a los radicales.

El desconocimiento brutal sobre la literatura, la política y el credo del espacio islámico, ha tenido repercusiones funestas para el mundo contemporáneo. Es notorio cómo durante los últimos años pasaron inadvertidos acontecimientos trascendentales de tipo intelectual y religioso, producto de que el análisis tradicional siempre ha enfocado solo aquello que acontece en los polos industriales del planeta. El ascenso del Medio Oriente a punto de tensión internacional se asienta en varios ingredientes: el conflicto árabe-israelí con su secuela Palestina; la ortodoxia religiosa; el ultra nacionalismo de Egipto, Libia, Siria e Irak; el imperativo geoestratégico del petróleo; y la flamante irrupción de los ex estados soviéticos islámicos del Asia Central.

Obviando al espinoso asunto palestino —por supuesto—, el Occidente de la época «maccarthista», obsesionado por el duelo nuclear con los soviéticos y receloso de la retórica nacionalista y la supervivencia del estado de Israel, descartó a los regímenes árabes de posguerra que, buscando establecer un estado de corte moderno, se proclamaron contra el extremismo islámico y retaron el poder retrógrado de jefecillos tribales transfigurados por obra y gracia del petróleo en jeques y emires. Con excepción del francés Charles de Gaulle, euroamérica nunca aquilató el no-alineamiento de un Gamal Abdul Nasser de Egipto, de un Karim Kassem de Irak, de un Al-Salal de Yemen, de un Mohamad Mossadegh de Irán, de un Houarí Boumedién de Argelia o el Neo-Des-tour de un Habib Bourguiba de Túnez. Al abortarse este nacionalismo árabe, a nombre de magnas cruzadas ideológicas, el Occidente polarizó la región, aupando teocracias fundamentalistas y monarquías clánicas que empantanaron, entre otras cosas, el diferendo palestino.

¿Hasta que punto fue una táctica acertada del Occidente el haber jugado durante la Guerra Fría la «carta islámica» de las monarquías conservadoras y los grupos fundamentalistas contra el nacionalismo y su ideología del socialismo árabe? Habría que imaginar una historia plausible para el Medio Oriente si la vigente alineación de determinadas naciones islámicas con Occidente hubiese cristalizado en la década de 1950 ó 1960, cuando era intenso el impulso de modernización y emancipación nacional, empantanado por los soviéticos y excomulgado por las potencias europeas desde el conflicto del Canal de Suez en 1956. Como luego fue confirmado por las actuaciones de Anwar el-Sadat, los republicanos del Yemen, y los militares turcos, el nacionalismo árabe era mucho más receptivo y maleable para negociar cualquiera de tales crisis que los jeques islámicos agraciados por Londres y Washington.

La resurrección del puritanismo islámico es solo el gesto desesperado de un diseño religioso arcaico, hoy amenazado en sus pilares básicos por el estado secular, por el empuje del modernismo, por el desenfrenado avance científico y tecnológico que atraviesa el planeta, por la globalización: el drama de una visión dogmática que rehúsa renovarse y se resiste a ceder el terreno de la sociedad civil. El fundamentalismo proviene del fondo beduino, religioso y conservador, xenofóbico y sospechoso de lo foráneo (el inicio con Mahoma en Medina); contrario a la médula doctrinal islámica que parte de una cultura urbana y comercial (el Califato de Bagdad, de Córdoba o de Estambul), más adecuado para la renovación. El terrorismo islámico en sus múltiples escuelas (ya sea Septiembre Negro, la Hermandad Musulmana, HizbAlláh o Al-Qaida) es el corolario sanguinario de ese fundamentalismo. Al no existir forma de expresión política, ésta se hace «a nombre del Islam», pero del Islam primitivo (el cristianismo de las catacumbas), un culto a la nostalgia para «re-islamizar» la sociedad.

La emergencia del ala ortodoxa actual —tipo Usman Ben Laden— no guarda relación con el tradicional nihilismo y anarquismo de las bolsas de miseria europeas del siglo XIX. Es una filosofía de crisis de los segmentos educados y privilegiados de la sociedad que se desarrolló en las tumultuosas décadas de

1970 y 1980, al calor de la prosperidad «petro-árabe» y la incertidumbre de identidad que ésta desató y que corrompió una generación de intelectuales y políticos. La inconclusa victoria israelita en la guerra del *Yon Kippur* en 1973 restableció el «honor árabe» y trajo un período de autoestima y profundas expectativas, que desembocó en el triunfo de la ortodoxia en Irán y Sudán, y el grito de Guerra Santa lanzado desde Afganistán.

El modelo nacionalista árabe también falló al no poder liberar Palestina ni elevar el nivel económico de las masas árabes. Estos estados asimismo serán «confesionales» en cierto sentido, al estar integrados por minorías y por una secta dominante que denegará cualquier diversidad étnica. El colapso de los precios petroleros en los ochenta y las guerras inter-árabes, produjeron una reacción cínica y puritana en toda una progenie de jóvenes, ambulantes y frustrados, en los bazares mesorientales. Son los condenados de la tierra de que habló Frantz Fanón; los rechazados de las buenas escuelas, los estudiantes nulos, los «disfuncionales» abusados en sus crianzas. Con su promesa de gobiernos más auténticos y virtuosos, estos militantes ansían el poder en casi todos los estados árabes; por eso el debate ya no es entre los defensores del orden secular o del religioso, sino entre quiénes van a gobernar en nombre del Islam. Es la tensión disparatada de toda nación islámica entre la ley divina, por un lado, y la *realpolitik* del estado, por el otro.

La beligerancia del Islam ortodoxo, no solo tiene asidero en las mezquitas y las prédicas de cadíes, mullas, imanes y ayatolaes. Existe una extensa obra política, filosófica y literaria, una constante divulgación periodística, que ha servido de orientación ideológica al militante. Sería el libro del egipcio Sayyid Qutub *Las Señales en el camino*, una versión islámica del *¿Qué hacer?* de Lenin, el que daría forma a la actual corriente de revitalización islámica. Qutub, un escritor prolífico y obsesivo que cubrió la novela, la poesía, el ensayo político y filosófico, fue ferozmente torturado y ejecutado por Nasser en 1966, convirtiéndose en el apóstol de la Hermandad Musulmana y de todo el militantismo moderno. En su manifiesto, argüía que cada musulmán devoto estaba obligado a declarar la *jihad* contra las sociedades infieles (*jahili*), incluyendo a los regímenes nacionalistas árabes; y consideraba también el derecho a decidir quién era o no era un creyente. En su visión patológica juzgaba al Occidente como «sintético» y depravado, comparándolo con la declinante Roma imperial, y sentenciándolo a muerte en su obra *Islam y los problemas de la civilización*.

Generaciones de seguidores refinarían su pensamiento, como se muestra en el manifiesto *La Filosofía de la confrontación*, de la organización *Jihad al-Benaa* (Realización de la Guerra Santa), y en el llamado *Programa de acción islámica*, del grupo islmámico *Gama'a Islamiya*, documentos que fueron publicados en 1984 y escritos ambos por un colectivo de la Hermandad Musulmana en prisión. Asimismo se destacaría como un devoto discípulo suyo el egipcio Mohammad al-Ghazali, teórico del Islam y miembro de la Hermandad Musulmana, quien recorrería de Gaza hasta Argelia predicando esta versión intolerante del Islam.

Otro de los pensadores eminentes del radicalismo fue el intelectual egipcio Wail Uthman, el Marcusse de la juventud islámica fundamentalista. Su libro *El Partido de Dios en lucha con el partido de Satán*, publicado en la década 1970, divide al mundo en dos entidades sociales, y urge a los creyentes a luchar para restaurar el partido de Dios para salvar al Islam de su peligrosa y constante exposición al Occidente. Por su parte, el periódico cairota *Al-Quds al-Arabi*, el más prestigioso y leído en todo el ámbito islámico, por años ha fomentado el antagonismo contra los elementos y regímenes musulmanes seculares, y la violencia contra el Occidente apóstata.

Para fines de la década de 1970, los escritos de los radicales pensadores shiítas en Irán, Líbano e Irak se expresaban de manera similar a los sunnitas de Egipto y Arabia Saudita, en sus diagnósticos y curas de los problemas contemporáneos, y en sus énfasis hacia la confrontación. No era difícil imaginar que este *corpus* ideario desovara una dinámica de acción contra los «infieles», sobre todo cuando la barrera idiomática del árabe ha impedido al Occidente defender su causa. En 1996, el conocido periodista cairota Mohammed Heikal, en su obra *Canales Secretos* —que pasó inadvertida en Occidente—, alertaba a éste de la profunda furia y repulsión que contra ellos se anidaba en todo el Islam.

Pero estos ideales eran tan viejos como su propia doctrina, y fueron abrazados y diseminados por una agrupación sunnita que funcionaría como un partido ideológico: la Hermandad Musulmana, mucho más temible y arácnida que Al-Qaida, y que desde entonces estaría en el trasfondo de todas las corrientes extremistas del Medio Oriente, incluyendo a la talibán. La Hermandad Musulmana es la madre histórica y espiritual de tales agrupaciones desde la posguerra, y estableció lo que sería el *leit motiv* de la intransigencia árabe: destruir a Israel y desafiar al Occidente. El fin de estas escuelas de pensamiento y, luego, de las partidas terroristas era la unión de todo el Islam, a través de la *jihad* o la supuesta guerra santa, para reponer el Califato bajo un paladín carismático, un emir escogido por su pureza y virtudes.

La revolución islámica patrocinada por la Hermandad Musulmana se antepondría al nacionalismo y rehusaría el compromiso con las élites tradicionales tribales, con las entidades étnicas, con la estructura feudal de emires y jeques, pregonando —estilo talibán—, la creación de una sociedad islámica semejante a la fundada por el profeta Mahoma, que englobase a toda la comunidad musulmana: la *umma*. Según sus ideólogos, el Occidente ha triunfado no por razones filosóficas o espirituales, sino porque el mundo islámico se quedó congelado tecnológicamente. En Sudán, su rama cometió crímenes horrendos. En Cisjordania y Gaza organizó a Hamás, su brazo militante. En Jordania, su Ejército de Mahoma atentó en 1993 contra la familia real. En Túnez, el movimiento lo encabezó Rashid Ghannouchi.

Egipto, Arabia Saudita y Siria se han encarado brutalmente a estos fanáticos intolerantes. En 1982, Hafez Assad no vaciló en masacrar cerca de 30.000 sunnitas en la ciudad de Hama, solo porque allí se refugiaban adeptos de la Hermandad Musulmana. En Argelia la Hermandad Musulmana desató una viciosa guerra civil desde 1992, cuando el gobierno secular del presidente

Chadli Benjedid rehusó aceptar los resultados electorales y decidió aplastarlos. La Hermandad respondió asesinando a las mujeres sin velo y a los intelectuales seculares. La experiencia de Argelia, y la represión que también experimentaron en Egipto y Siria les convenció de que el único recurso era la toma violenta del poder.

Para desmayo de los fundamentalistas, ya no existe el Egipto que Emil Ludwig describiera; el país no depende de un Nilo de bancos limosos aromatizados de jazmines, y surcado de *falucas* con lámparas de queroseno. Los cafés con sus pipas de agua y voluptuosas danzarinas veladas en tul ya son especies arqueológicas, pues los egipcios se entretienen ahora con *Star Trek*, HBO y las peleas de Mike Tyson. La economía ha crecido a golpes de petróleo y gas, con las remesas de sus emigrantes del Primer Mundo, el turismo y las aduanas del Canal de Suez. Anteriormente desde El Cairo, las élites rectoras y pensantes obligaron al mundo islámico a que encarase sus flaquezas en 1948 —después de la expulsión de los árabes del nuevo estado judío— y en 1967, tras la guerra de los Seis Días. Pero, en la actualidad, Egipto no goza de su pasada autoridad regional ante el protagonismo de Irak y Siria y el militantismo de Arabia Saudita e Irán. No obstante, Egipto nunca anidará una revolución estilo Irán, pues sus pobladores esperan siempre de sus gobernantes un comportamiento faraónico.

En 1954, Nasser trató de modernizar a los ulemas, y reprimió sangrientamente a los integrantes de la Hermandad Musulmana, que huyeron despavoridos.

Después de la firma del tratado de paz con Israel en 1977, y en un gesto para con sus opositores radicales, Sadat permitió la formación de grupos y asociaciones islámicas. Igualmente, aprobó la enseñanza religiosa, tolerando que los islamistas acapararan la educación primaria, donde predicaban contra la noción de nacionalismo egipcio, tildando a los faraones de raza corrupta, y proponiendo demoler tumbas, pirámides y monumentos. Entre ellos se destacó el ciego Abdel Hamid Kishk quien prometía un Paraíso pederasta a los que se inmolaran por el Islam: la erección eterna en compañía de jovencitos acicalados. Pero Hosni Mubarak aprendió de los errores de Sadat y no se ha andado con carantoñas.

Durante el siglo xx Egipto fue foco de una extraordinaria vida cultural que suscitó lo que dio en llamarse el «Iluminismo» de la cultura árabe, gestora de su pensamiento liberal y secular más trascendente; con más de 200 periódicos, decenas de editoriales, una fecunda literatura, un teatro fabuloso, y una industria fílmica en progreso. Entre sus escritores estelares figurarían Naguib Mahfuz, premio Nobel de literatura y acaso el prosista más brillante del siglo, Tawfik Al-Hakim, Lewis Awad, Ahmed Baha el-Din, Youssef Idris e Magdi Wahba, todos de talla mundial.

El *boom* petrolero de 1970 tuvo efectos catastróficos para todo el quehacer cultural del Medio Oriente. En posesión de descomunales riquezas, los ignorantes y devotos jeques y emires de Arabia Saudita y de los emiratos del Golfo reclamaron para sí la agenda política y cultural de todo el mundo islámico. Hassan Hanafi, el conocido intelectual egipcio ha manifestado que, a partir de entonces, la verdad fue barrida, el discurso especulativo inhibido, y el intelecto

mercantilizado por esta cultura del petrodólar de los jeques, de las *fatwas* iraníes y del yugo de una banda de déspotas locales al estilo de Saddam Hussein. Según Fuad Ajami, otro talentoso egipcio refugiado en Occidente, los intelectuales han sido o bien apaleados o seducidos.

La poderosa intelectualidad caiota fue desmoronándose al evadir la confrontación con los intérpretes del Islam, poniendo su pluma al servicio del dogma. Pero un pequeño y aguerrido núcleo mantuvo su independencia y la defensa del nacionalismo árabe. Youssef Chaheen continuó produciendo películas provocativas. Adel Imam —un actor no menos talentoso que Omar Sharif— prosiguió mofándose del militantismo en sus actuaciones y creaciones. En 1992, los extremistas islámicos asesinaron al escritor Farag Foda, defensor de la tradición secular egipcia y un pertinaz contrario al Islam militante. En 1994, el propio Mahfouz fue objeto de un atentado. Por esa fecha, el dramaturgo y novelista Elí Salem decidió visitar Israel al precio de ser un apestado.

Estos hechos, unidos a la acusación de apostasía y la *fatwa* contra Salman Rushdie, si bien aterrorizaron a los intelectuales egipcios, no consiguieron apagar las reprensiones seculares. El país continuó forjando letrados de categoría, fustigadores del fundamentalismo y del estado faraónico de Mubarak, como Taha Hussein; novelistas impresionantes, como Yusuf al-Qaid y SonAllah Ibrahim, quienes han deleitado a los críticos literarios occidentales; economistas internacionales, como Galal Amín; juristas mundiales, como los Boutros-Boutros; agudos prosistas, como Rifaat Said, quien no cesa de acusar al Islam militante por el asesinato de Foda.

El terrorismo tuvo su empujón inicial en un puñado de organizaciones palestinas. Uno de los primeros en distinguir que la violencia islámica era la ola del futuro fue el cabecilla militar de la OLP, Khalil al-Wazir, el temible Abú-Jihad. La zona se enturbió aún más con el uso del petróleo como arma política, con la impronta errática del mandatario libio Muamar El Gadafi, y el desplome del Líbano como nación. Los empeños de Washington por alcanzar una conclusión del conflicto árabe-israelí y del Líbano a través de la mediación árabe (Jordania, Arabia Saudita, Egipto) resultaron inútiles, pues Siria —apuntalada por la ex Unión Soviética— amedrentaba a todos con su arsenal bélico.

El inmemorial antagonismo entre Bagdad y Damasco es más virulento que las rivalidades inter-árabes contemporáneas. Los intelectuales sirios (otrotra a la vanguardia del nacionalismo árabe junto a los egipcios), han sido diezmados, censurados o exilados por oponerse a la mano dura de los Assad. Éste ha sido el caso del eminente poeta Ali Kanaap; de los dramaturgos alawitas Mamduh Udwan y Sadallah Wannous, prohibidos en Siria y publicados extensamente en el extranjero; del filósofo político Sadiq al-Azm, el más acérrimo defensor de Rushdie; del afamado director fílmico Duraid Lahham, vetado en casi todos los países islámicos por censurar el fundamentalismo religioso y exponer la irreversibilidad del estado de Israel.

Si las guerras árabe-israelíes destruyeron la mística militar árabe, la del Líbano reveló lo absurdo del pan-arabismo, al sufrir su agonía sin que le importase al resto del mundo islámico solo porque en el conflicto no concurrían los

«infiel». El tema fue abordado por el dramaturgo libanés Alias Khourí, en su pieza *La Amnesia cultural*. El Líbano *antebellum* era un sitio casi democrático donde se toleraban los maronitas cristianos con su provincia autónoma en el Monte Líbano, los musulmanes shiítas y sunnitas, y los drusos. La primera alteración demográfica en Líbano, cuando los maronitas superaron en número a los drusos en el siglo XIX, tuvo tremendas implicaciones políticas; así mismo ha sucedido con el segundo cambio, al transformarse los marginales shiítas en la secta mayoritaria. Si la historia del Líbano fue maronita, su actualidad y futuro es shiíta.

La unidad libanesa era una parábola política porque la identidad del país dependía de cuál secta la dominase; de ahí a la guerra civil el tramo era corto. La razón por la cual el ciclo de violencia comenzó en 1975 y no en 1958 se debió a que Estados Unidos decidió entonces arbitrar militarmente. Sayyid Fadlallah, un admirable ensayista libanés shiíta que ha sido publicado en Occidente, escribió en medio de la refriega de 1976 una teología del terror: *Islam y la lógica de la fuerza*, que acentuó al intenso debate fundamentalista. A raíz de esta guerra la zona se tornó en el eje táctico de las cuadrillas terroristas, primordialmente las de la OLP.

Los shiítas estaban representados por dos movimientos: Amal, de propensión centrista, liderado por Nabih Berri y sostenido por Siria, y el HizbAlláh (Partido de Dios), encabezado por Hassan Nasralla y apuntalados por Irán. HizbAlláh se nutrió de miles de militantes iraníes que se filtraron por la frontera en la década de 1980, y sus ataques suicidas contra Israel y Occidente y secuestros estremecieron a Beirut. El balance fue alterado con la entrada de 300.000 palestinos (sunnitas) huyendo de las guerras árabe-israelíes, y de Jordania, los que constituyeron con ayuda de Arabia Saudita la organización terrorista Hamas. Los cristianos no podían aceptar la realidad de que ya no eran los gobernantes del Líbano, y entrenaban sus propias milicias bajo la mano israelita; los Drusos de Walid Jumblatt, siempre jugando a las oportunidades, hicieron lo mismo alimentados por Siria.

Líbano devino en metáfora de barbarie y Beirut de jungla urbana. Lo único que acarrió la incursión acorazada israelí al Líbano, y la consolidación de Siria en el valle del Bekaa (emporio del hashish y de la falsificación de monedas), fue cercenar el país y abandonarlo a merced de los señores de la guerra que respondían a Israel, Siria, Irak e Irán. Pero ninguna de las facciones libanesas ha deseado un enjuague teocrático. El país se aviene a un nuevo padrón demográfico, con una mayoría musulmana shiíta, dominado por una élite política plegada a Siria, donde señorea el HizbAlláh. Esta estrenada fuerza estima que los musulmanes sunnitas (Gama'a Islamiya) no tienen legitimidad para gobernar el país. Los maronitas perdieron la guerra civil y con ello el derecho a menear el Líbano, ya que un estado cristiano significa la guerra con Siria. Los cristianos tuvieron que aprobar al Líbano como un «país árabe» a cambio de que los musulmanes perpetuaran la ficción de un equilibrio numérico entre todas las sectas y accedieran a compartir el poder.

Como irónicamente expresó Heikal, «Alá depositó un vasto poder financiero en las áridas tierras de los pocos, en los marginales y atrasados moradores árabes del desierto». Salida de la convulsión militante Wahabitas del siglo XIX, practicando calladamente la esclavitud supuestamente «abolida» en 1962, y condenando la teoría heliocéntrica de Copérnico como una herejía al Corán, Arabia Saudita ha propagado su Islam conservador por todo el Medio Oriente. Este país, regido por una familia real asistida por un colegio de ulemas, es la quintaesencia teocrática, con su código jurídico afincado en la Shari'a, su justicia medieval, y sus bandos gubernativos contra la mujer.

Estos príncipes presuntuosos, sentados sobre el 30% de la reserva mundial de petróleo, con una instrucción religiosa que no les habilita para operar una gestión estatal efectiva, han comprado los bienestares modernos sin la consecuente modernización. La Casa Saudí protege su legitimidad arremetiendo contra todo el que rete su herencia religiosa; así, expulsaron al valor intelectual más célebre de su reino, el novelista Abdelrahman Munif. Es cierto que Irán y Paquistán han atizado el terrorismo islámico; pero el apoyo saudita y el de sus parientes del Golfo, aunque vidrioso, no ha sido menos vital.

En marzo de 1975, el rey Feisal de Arabia Saudita (el Águila del Desierto) fue asesinado por miembros de la familia real que buscaban una mayor apertura al Occidente. Este hecho sacudiría a todo el mundo islámico y ahondaría el abismo que contraponía a la casa real saudí con los fundamentalistas y musulmanes shiítas por la custodia de los sagrarios de la Meca y Medina, y por la alianza con Estados Unidos, vista como una ingerencia nociva. Un par de años después una noticia erosionaba los valores tradicionales de la sociedad mesoriental: el presidente egipcio Sadat, en andas norteamericanas, pactaba con Israel en tierra santa de Jerusalén. La afrenta llegaría a niveles inconcebibles al acogerse en El Cairo al depuesto Sha de Irán, Reza Pahlavi; poco tardaría para que rodase la cabeza de Sadat.

El 20 de noviembre de 1979, la Gran Mezquita de la Meca fue asaltada por un contingente de 1.500 hombres al mando de Juhayman Al-Utaibi, quien se arrogó el título de «mahdi» (Mesías), colocándose en la galería de los Moisés y Jesús. El grueso de los atacantes se había entrenado en Libia y Yemen del Sur bajo instructores cubanos y palestinos. El levantamiento de la Meca, abortado nada menos que por la «infel» Legión Extranjera francesa, convulsionó al mundo islámico, entre otros a Ben Laden, por las acusaciones de corrupción y de contubernio con Occidente lanzadas por Juhayman a la familia real saudí, y su pedido de retorno a la pureza del Islam.

Igualmente, cuando los soviéticos invadieron Afganistán, el episodio llegó hasta las entrañas de la sociedad islámica, cuyo suelo volvía a ser hollado por los «Cruzados». Por eso, el movimiento afgano de resistencia se hizo en nombre de Alá, y no del nacionalismo; por eso se incubó una Legión Árabe que se transmutó en la Al-Qaida de Ben Laden; por eso la retirada soviética se razonó como una victoria del Islam contra un super-poder impío; y por eso el fundamentalismo se envalentonó para plantar cara ante el otro poder, los Estados

Unidos. Estamos así en la cresta del renacimiento fundamentalista en Egipto, Yemen, Arabia Saudita y Afganistán.

Irán es un país del tamaño de los Estados Unidos, inmensamente rico en petróleo, con un mosaico de nacionalidades y con veinticinco siglos de monarcas absolutos y divinos. El Islam aquí se mezclaría con un distintivo sello persa, que mantendría tensas sus relaciones con los «árabes» a quienes tildarán de piosos primitivos. En 1953 hubo un intento por secularizar al Estado, incidente que concluyó con un golpe de Estado promovido por la *British Petroleum* contra el *premier* Mossadegh. Aparte del impulso modernizador, durante la tutela del Sha se protegió a las minorías (judía, cristiana, zoroastra y bajai), las mujeres obtuvieron el voto y se introdujo la planificación familiar.

El 1 de febrero de 1979, el ayatolá Ruholah Jomeini —la sombra de Alá— aterrizaba en Irán, expulsaba al Sha de su trono del Pavo Real, establecía una República y secuestraba a 63 norteamericanos. El derrumbe del Sha, al igual que el de la URSS, es uno de esos enigmas de la historia donde la pérdida de legitimidad resultó el catalítico. Pero, irónicamente, ningún desempeño tendrían en esta revolución los dos padres del fundamentalismo iraní: Ali Shariati quien realizó una extraña mezcla de marxismo con el Islam, y exhortó al martirologio religioso; y Abdelkarim Soroush, un reformista a lo Kemal Attaturk.

La asonada shiíta y el fiasco del rescate militar de Estados Unidos se juzgó como un triunfo sobre Occidente, confirmó a los ojos ortodoxos un Washington indeciso, y llenó de orgullo a las masas islámicas. No sólo se perturbó la ecuación estratégica de seguridad regional, que fue lo más visible, sino que en las filas del militantismo islámico precipitó una nueva y amplia diversidad de agrupamientos políticos.

El régimen del Ayatolá Jomeini marcó una ruptura con el hasta ese momento rechazo shiíta al poder temporal, al instituir un «estado de juristas», en el que una clerecía iluminada «persuadida por Alá» aceptó gobernar. Al transfigurarse el Islam en una ideología y en un instrumento de gobierno y, por consiguiente, fracasar en la organización de un estado moderno y próspero, el experimento tuvo efectos contraproducentes al minar su credibilidad frente a una joven generación distanciada de las «turbas divinas». Esta innegable distorsión de la fe encontró acusadores internos dentro del propio curato, y llevó al arresto del teólogo más prominente del shiísmo, ayatolá Shariatmadari, por sus diatribas contra el poder teocrático instaurado por Jomeini. Otro prelado del shiísmo, el ayatolá Hairy-Yazdi, en su libro *La Sabiduría del gobierno*, vapuleaba a la claque de Jomeini.

Las minorías étnicas, la mujer, los intelectuales y los teólogos shiítas fueron objeto primario de la represión ortodoxa. El decreto del ayatolá Jomeini de que las mujeres procrearan varones para el ejército, tuvo efectos demográficos desastrosos al duplicar la población en solo dos décadas. Jomeini acusó a la minoría bajai de apóstata, y puso precio a la cabeza de Salman Rushdie por sus *Versos satánicos*, un libro que él mismo confesó nunca había leído. Saidi-Sirjani, un escritor fecundo y para muchos superior a Rushdie, encarcelado por

exigir que se reformase la religión, murió a causa de las torturas. Las películas de Bahram Beizai fueron proscritas porque las mujeres encarnaban papeles destacados y se empleaban temas históricos persas.

No obstante, la sólida tradición persa, el calibre de su cultura desde tiempos bíblicos, el acceso a las profesiones y el mundo moderno, durante gran parte del siglo xx, son elementos que lejos de haber desaparecido bajo una corteza fanática, están resurgiendo y confrontando a los ayatolás. Irán no ha podido escapar a la dinámica de su propia cultura. Al lado de las «turbas divinas», la Coca-Cola es la bebida nacional; pululan los conciertos de jazz, y se consume alcohol en las fiestas; Teherán es un bosque de antenas y discos de satélites; y el país es un hervidero de jóvenes sin causa afiliados a Internet.

Los canónigos tuvieron que tolerar en las universidades a autores como Carlos Marx y Michel Foucault, y no todos los rivales serios al régimen teocrático fueron eliminados. Muchos directores cinematográficos, como Moceen Makhmalbaf, artistas y autores iraníes desafiaban a los censores. La literata y editora feminista Shala Sherkat afrontaría a los prelados shiítas desde Internet y su revista cultural *Kiyan* (Esencia), promoviendo los derechos civiles y de la mujer dentro del Islam, la libertad de expresión y de prensa. *Kiyan* ha tomado como bandera las ideas del reformador islámico Soroush, nombre peligroso a los oídos oficiales.

Concurren varias paradojas en el actual Irán, atrapado en el callejón sin salida de un fundamentalismo cada vez más impopular, pero obstinado en su designio de mantener el poder, y sin planes de contingencia para cuando se agote el petróleo para la exportación. Acaso estemos abocados a otra crisis petrolera en el Golfo Persa —y en fecha no muy lejana—, pues la solución que acaricia Teherán es la anexión de los emiratos del Golfo, territorios que de forma vehemente han reclamado como suyos.

El año 1988 cambió drásticamente el destino a favor del terrorismo islámico. El avión en que viajaba el presidente de Pakistán Zia-ul-Hag y parte de su equipo de gobierno se estrelló en circunstancias hasta hoy desconocidas, permitiendo el ascenso de Ben-Azir Bhutto como premier, y con ella la visión grupal más dogmática de Pakistán. Bhutto entró de inmediato en alianzas con Siria, Irán y Corea del Norte, en su intento de avivar el Islam militante en toda Asia, hacerse con Cachemira, instalar al talibán en Afganistán, y lanzar a Ben Laden y su Al-Qaida contra los países «moderados» del área. Todo esto lo hizo bajo las propias narices de Occidente.

Justamente cuando Estados Unidos fantaseaba con la estabilidad del nuevo orden mundial y los países más poderosos del planeta esperaban cosechar los dividendos del desmoronamiento del bloque comunista, estallaría el más temido de los conflictos: el del petróleo. Si bien el Cercano Oriente encerraba el potencial de hacer explotar la frágil concomitancia entre Mijail Gorbachov y la OTAN, la crisis del Golfo Persa resultó uno de esos virajes históricos que bosquejaron la forma en que los conflictos regionales se ventilarían en adelante.

La desaparición de la URSS desorientó a los estados islámicos, los que cotidianamente se refugiaban en la cerca bi-polar. Se ha argumentado que la

preocupación sobre el conflicto árabe-israelí, el colapso comunista y la distensión Este-Oeste, la solución de los problemas regionales y la unificación alemana distrajeron a las grandes potencias de la movida iraquí sobre el Kuwait. El primer sorprendido fue el propio Hussein quien no esperaba tal reacción de sus, hasta ese momento, aliados occidentales. La guerra del Golfo fue una experiencia traumática para el Cercano Oriente, al quebrarse la sagrada unidad cuando varios estados islámicos cerraron filas con el odiado Estados Unidos para derrotar a otro de sus pares. Los bandos estaban integrados, por un lado, con una coalición de países pro-occidentales capitaneados por Egipto, donde convergían Arabia Saudita, los emiratos petroleros del Golfo e incluso Siria; y, por otro lado, los feroces anti-occidentales con Libia y Yemen a la cabeza.

El mundo islámico nunca volvería a ser el mismo; el viejo sistema de comportamiento de la Liga Árabe se quebrantó. Mientras que para los asociados occidentales de la coalición la guerra del Golfo se consumó con vistas a defender el control de las reservas petroleras y liberar al Kuwait, para el Medio Oriente ésta tuvo lugar para decidir el futuro político de su religión, y de qué facción se inclinaría el poder: por el nacionalismo árabe (Irak, Siria, Libia, Argelia, Turquía) o por la legitimidad de las teocracias islámicas (Kuwait, Arabia Saudita, Bahrein, Qatar, Omán, etcétera). La incursión iraquí, la vasta apertura a Occidente de Arabia Saudita y los emiratos del Golfo, con sus nuevas alianzas con Egipto y Siria impactó a estas sociedades teocráticas, lesionando la autoridad de ambas familias regentes. La invasión de Hussein resultó el capítulo más reciente de una rivalidad por la preeminencia regional entre Egipto y Mesopotamia que se hunde en la noche de los tiempos. Al salir Irak maltrecho del conflicto, el egipcio Mubarak tomó prestigio en la zona, fortaleciendo su papel mediador entre israelitas y palestinos.

Como se ha evidenciado, la derrota bélica de Irak no apuntaló la estabilidad en la región, al quedar pendientes el desacuerdo árabe-israelí, el tema palestino, la ocupación siria del Líbano, el fundamentalismo islámico, el enredo afgano y la polarización de riquezas. Los radicales a lo Ben Laden exigieron a Arabia Saudita y a los emiratos del Golfo que eligiesen entre sancionar la permanencia militar de los norteamericanos —que calificaron de seguridad a corto plazo— o exigir el desmantelamiento inmediato de los infieles, que implicaba la legitimidad islámica a largo plazo.

Pero sería el líder espiritual del Sudán, Abdallah al-Turabi, integrante de la Hermandad Musulmana, graduado en universidades islámicas y europeas, quien se alzaría de los escombros humeantes de la guerra del Golfo como guía ideológico del fundamentalismo. Sudán es un país donde aun se venden efebos y bellas sudanesas escogidas especialmente para el placer de jefes petroleros y de magnates norteafricanos. Vive bajo el síndrome de Mohammed Ahmed, el Mahdi —Mesías— del Islam del siglo XIX, del cual Turabi pretendía asumir el mando. Tras el golpe de Estado en junio de 1989, propinado por un discípulo suyo, el general Omar Hassan al-Bashir, Turabi, fue catapultado a los primeros planos del país y de la arena internacional islámica, haciendo del Sudán una base y un refugio para terroristas.

Turabi buscó transformar Sudán en el centro del renacimiento islámico y la plataforma de lanzamiento de la *jihad* contra la civilización judeocristiana, y se afanaría por aunar a los sunnitas con el shiísmo iraní, y así conformar el anhelado califato islámico bajo su dirección. Turabi internó a miles de huérfanos en las escuelas coránicas —*madrazas*— para instruirles en la destrucción y muerte de los *kafir* (no creyentes). En 1991 auspició en Jartum, la capital sudanesa, un concilio de congregaciones terroristas de cada país objeto de la lucha de liberación islámica (Al-Qaida, HizbAlláh, el FIS de Argelia, el FLS del Sudán, movimientos del sudeste asiático, los egipcios de Abbud Al-Zumur), para construir una infraestructura financiera pantalla en Europa y Estados Unidos, y campos de entrenamiento.

Turabi convenció a los fundamentalistas del Medio Oriente que el Islam era la fuerza ideológica más poderosa en esta post-Guerra Fría, la única capaz de motivar a los jóvenes desarraigados y ofrecerles un futuro, sobre todo porque Occidente no estaba al tanto del actual renacimiento islámico. Para Turabi la civilización mundial y los estados nacionales árabes se hallan en plena decadencia, mientras África se hunde en el tribalismo, e incluso Irán, tierra del triunfante shiísmo, no presenta esperanzas de una nueva visión. Solo a Asia, con su «solidaridad cultural» y su disciplina termitera, le concedía un futuro brillante.

Será Turabi, y no Ben Laden, el cerebro tras los planes grandiosos para el terrorismo islámico; y Al-Qaida uno de los tantos aparatos alimentados por el sudanés. Turabi comisionó a Ben Laden para que formara una maquinaria financiera, aprovechando la largueza de los servicios secretos sauditas, iraníes, paquistaníes y los estados del Golfo. A partir de ese momento, los ex miembros de la Legión Islámica, que había operado en Afganistán, serían despachados hacia sus países de origen y a lugares donde existiesen comunidades islámicas, con la misión de plantarse y esperar la señal de ataque. Varios sudaneses de Turabi participaron en el complot para dinamitar el *World Trade Center*.

El entramado de desestabilización para todo el este africano en 1992, cuyo designio era la expulsión de Estados Unidos de Somalia, fue diseñado por Turabi y ejecutado por Ben Laden. Somalia marcó el cambio crucial del terrorismo, su primera victoria contra Estados Unidos, consolidando a Turabi como el mentor intelectual y religioso, y a Ben Laden como el brazo vengador de un futuro imperio islámico fundamentalista, que tendría su primer asiento territorial en todo el este africano.

La teocracia o cualquiera de las formas de gobierno «concebido por Ala» y propuesta por los extremistas islámicos no funcionan en el mundo moderno, pues su estructura, reglas y parámetros no pueden ser cuestionados ni razonados. ¿Cómo puede participar tal barbarie codificada en un mundo cada vez más global y más competitivo, si se excluye la mitad de la población —la femina— al adoptarse como su código legal a la Sharia? ¿Cómo puede florecer la economía si la mujer árabe se evalúa por ser «procreadora de hombres» y no por su capacidad intelectual?

La traba cardinal de este mundo islámico abrumado por la violencia no es Israel, sino el autoritarismo que ha estancado sus economías y la ausencia de creatividad y educación científica y filosófica. La modernidad produce sobresaltos y desorienta; las jerarquías sociales, los valores y las tradiciones enfrentan inmensos cambios ante los cuales la tradición sirve de resguardo psicológico. Pero ahí se perfila, precisamente, la tragedia del fracaso árabe para encontrar soluciones realistas, puesto que el mundo por el que supuestamente se desplaza el fundamentalismo islámico fue condenado por la marcha de la historia. La Unión Soviética se evaporó; Israel ha probado que por sí solo puede afrontar el reto militar de todos los estados árabes combinados; Irán ha desencadenado y legitimado lo que ridiculizaban los nacionalistas seculares: la religión hecha política.

Irak, la nación árabe más poderosa después de Egipto, fue humillada militarmente por Estados Unidos. Incluso la OLP busca la paz con Israel y los favores de Washington, al igual que Jordania, mientras Siria da muestras de contención; y el mundo ahora califica a Estados Unidos como el poder militar más formidable, heredero del derecho de crear un nuevo orden mundial a su imagen y semejanza.

Los islamistas argumentan que debido a la «universalidad y centralidad» del Islam para el creyente, un sistema legal secular e instituciones políticas estilo Occidente no pueden echar raíces en el Medio Oriente, salvo que el Corán sufra una renovación. Pero el militantismo islámico no es la solución. Los iraníes ya han concluido que no existe una «economía islámica», ni una «sociología islámica», ni forma «islámica» de construir automóviles, de estabilizar el sistema monetario, ni un camino milagroso islámico al desarrollo y alternativa a los ya recorridos por Occidente. Lo irónico es que si en algún lugar puede producirse un *glasnost* islámico es precisamente en Irán, cuna de disidentes religiosos, de intelectuales contestatarios y de jóvenes rebeldes sin causa. ¡Qué triste sería que después de tantos sufrimientos la «civilización árabe» abrazara otra utopía religiosa de algún enfebrecido profeta que les impidiese recuperar la prosperidad, el dinamismo, la tolerancia e imaginación que una vez le caracterizaron!